



# NEOLIBERALISMO y Subjetividad

La cuestión de lo público es importantísima. Me gustaría hacer una caracterización sobre la que trabajo en los últimos tiempos, que es en relación a la definición específica de Neoliberalismo.

[ Jorge Alemán\* ]

Hay una definición clásica, que surge con la historia del capitalismo, que es el liberalismo y el capitalismo industrial. Ahí había una clara oposición entre el mundo de lo privado y el mundo de lo público, donde el liberalismo, por supuesto, insistía siempre -siendo coherente- con la libertad de mercado, con beneficiar lo privado. Y había siempre una suerte de puja entre el Estado y lo privado, entre las dimensiones públicas y republicanas y las cuestiones que gestionaba el mercado. Pero yo creo que en el neoliberalismo hay un salto cualitativo; porque el neoliberalismo lo que intenta es borrar la frontera de lo público y lo privado, apropiándose, incluso, del Estado mismo. Es decir, si bien es una obligación ética y política defender lo público, hay que entender también que el neoliberalismo funciona como una especie de Estado absoluto, como una especie de nuevo orden, que trata de instrumentar también lo público a su favor; que no es solamente la división clásica de lo público y lo privado, sino una reapropiación de todo el espacio público en función de las lógicas impuestas por el mercado. Por lo tanto, el problema es muy complejo, porque el enemigo tiene otras dimensiones.

\* 26 de abril de 2017, en su paso por la Escuela Pública Itinerante





Estamos, me parece a mí, en un nuevo ordenamiento mundial en donde el neoliberalismo logra construir modos; logra, incluso, construir estilos de vida; logra construir lo que yo llamo “subjetividades”, que aparecen en todas partes. Yo evoco siempre -no soy el único que lo hace- una frase de Margaret Thatcher que dice que “La economía es el método, el objetivo es el alma”. Es decir que el neoliberalismo es una mutación histórica del capital donde se intenta fabricar un nuevo tipo de hombre, un nuevo tipo de mujer. Y, además, hay algo que sí sabe hacer, que sí está muy arraigado en el procedimiento neoliberal, que es estimular una competencia delirante, una competencia que se basa en instancias psíquicas.

En todos nosotros hay una instancia que los psicoanalistas llamaron “súper yo”, que funciona de una manera un poco terrible, porque es una instancia que exige que cada uno de nosotros cumplamos siempre con algo que no podemos cumplir, donde, además, nunca estamos a la altura y nunca damos la talla. Es decir, es una instancia bastante injusta porque nos fabrica como deudores. Uno se siente culpable por algo que no ha hecho; uno se siente deudor de una deuda que no ha contraído. El neoliberalismo -en esto se distingue del liberalismo clásico- ha tenido la astucia de colonizar esto, de agarrarlo de tal manera que lo que podría ser un problema estructural del sistema en realidad el sujeto lo asume como propio. Por ejemplo, la gente pierde el trabajo por un proyecto absolutamente planificado por el orden financiero internacional y mundial y al final es el propio sujeto el que se deprime. No es en vano que la depresión sea una especie de epidemia mundial que ya no puede ser pensada sólo como una patología sino como una consecuencia de un determi-

nado tipo de políticas, que tiene muchísimo que ver con esta forma en la que el neoliberalismo ha colonizado la subjetividad y que tiene una forma también, una modalidad pendular, que es la acusación de corrupción. Es decir, culpabilizar al sujeto o que el sujeto busque culpables todo el tiempo; que sienta que hay un otro que le ha robado lo que le pertenecía. No es nada casual que los gobiernos neoliberales, en todas las partes del mundo, con distintas modalidades, utilicen la misma matriz argumental: “aquí ha habido una gran fiesta, se ha dilapidado un dinero que no había, hay una pesada herencia, y ahora hay que pagarla”. Bueno, ese es un juego, que es exactamente el que Freud describe con el Súper yo: es decir, culpabilizamos a las víctimas de tal manera que la propia víctima carga sobre sus hombros lo que por otro lado se está produciendo como una transformación de todo el sistema social.

Por eso decía al principio que esta defensa de lo público debe incluir en el análisis -o por lo menos ésta es mi modesta contribución al problema- el modo en que se ha apropiado de lo público el neoliberalismo. El propio neoliberalismo permite tener presidentes que no sepan nada de su país, que ejerzan uno de los papeles clave de la política sin conocer siquiera el pasado. Deshistorizar, destruir todas las herencias simbólicas de tal manera que se viva como





en una especie de “presente absoluto”. Por eso no me parece casual tampoco que el presidente actual tenga a la autoayuda como unas de sus referencias claves sobre todo al comienzo del gobierno. La autoayuda es una narrativa de autorrealización donde resulta que es uno mismo el que tiene que superar los propios obstáculos; uno mismo es el que tiene que enfrentar esos obstáculos y transformarlos en ventajas; es uno mismo el que crece gracias a los obstáculos. Los libros de autoayuda están armados para hacer desaparecer la experiencia de lo común; es decir, para que la comunidad como tal desaparezca y quede todo en manos de uno mismo. Uno mismo tiene que ser el autor de su propia superación.

Evidentemente lo público puede estar en manos también del neoliberalismo, porque el neoliberalismo penetra en capas que realmente son mucho más potentes que la mano invisible del mercado de la que hablaba Smith. Esto ya es otra cosa; esto es plantear cómo tiene que ser la educación y qué rendimiento debe tener. Y el problema aquí es el rendimiento. Las metáforas del rendimiento se desplazan a todas las fases de la vida. De hecho la gente habla de cómo “gestiona su vida”, usa la palabra “gestión”, que es una metáfora empresarial. Es decir, es algo verdaderamente cruel, porque es un modo de llevar la lógica del empresario, del

empresario -como le gusta decir al presidente-, hasta los últimos confines.

Pero esa no es la única cara del neoliberalismo, hay dos polos. Por un lado, está el seductor, que promueve que el sujeto viva su propia explotación sin darse cuenta de que lo están explotando, como si incluso él mismo la eligiera a esa explotación. Esa es la cara de autoayuda, la cara cool. El polo que Foucault llamaría “sociedad de control”. Es decir, el propio sujeto se presta él mismo a elegir a aquello que lo va a perjudicar. El neoliberalismo también es autor de ese invento, de ser capaz incluso de perjudicarme a mí mismo con tal de que un proyecto comunitario fracase. La novedad no es que atentan contra el proyecto los que fueron perjudicados económicamente por el proyecto, sino que son capaces de perjudicar el proyecto aquellos que fueron beneficiados. Eso hay que desentrañarlo. Ahí hay una cara muy potente de control, de producción de subjetividad que hace que incluso se anule esa distinción clásica del marxismo entre infraestructura y superestructura, porque esto es también tan importante como la infraestructura. El odio mismo, por ejemplo. Hay muchos fenómenos políticos nuevos que están aconteciendo en el mundo que no se explican si no fuera por el odio. Y vaya si la docencia tiene muchísimo que hacer en este campo.

En las etapas liberales -en el resto del mundo, no en Latinoamérica que fueron todas golpistas- normalmente el liberalismo estaba asociado al desarrollo del capitalismo y a la democracia parlamentaria. Sin embargo, ahora hay una novedad, que es que la democracia se empieza a disolver, porque el neoliberalismo tiene una tendencia a lo que se llamaba el “Estado de excepción”, que es una categoría de la política que, en general, se identifica con el golpe militar. Pero la novedad -repito- es que el neoliberalismo lo hace funcionar bajo la democracia. La gente siente que a través del voto, a través de la democracia no se decide nada importante de su propia vida; y como no hay nada en lo que pueda verdaderamente decidir, empieza a haber una desafección con respecto a la política, que es cosechada por los grupos de ultra-derecha, que empiezan a jugar con la idea de que los

políticos son todos unos ladrones. En el fondo, como son grupos de ultra-derecha, el enemigo real que van a tener son los pobres, los inmigrantes, los excluidos.

La democracia deja de ser una experiencia, y esa es una cuestión también clave para pensar de nuevo el orden público y el orden institucional. Por ejemplo, nosotros venimos de una experiencia de un gobierno anterior donde la democracia sí fue una experiencia. Por ejemplo, aquí sucedieron cosas que no sucedieron en ningún lugar del mundo: una política de la memoria y de la justicia, que no se hizo en ningún lugar del mundo. Aquí se transformó el día del golpe militar, que es un día trágico del comienzo del genocidio y performativamente se invirtió y se lo ha transformado en un día de conmemoración y de memoria. Eso es lo que podemos llamar una experiencia democrática, cuando vemos que efectivamente se abren campos, horizontes, superficies de inscripción de lo que podríamos llamar “prácticas emancipatorias”.

El asunto es que, finalmente, el neoliberalismo es capaz de producir subjetividad, apropiarse de lo público, construir estilos de vida, llegar hasta el último confín. Es decir, es el capitalismo bajo una forma donde incluso el mundo propio de la vida a quedado capturado; entonces, hay que preguntarse mucho acerca de lo que es “inapropiable” por el neoliberalismo. ¿Qué es lo que el neoliberalismo no puede robar? ¿Qué es lo que no puede capturar? Y ahí entra no sólo la defensa de lo público, sino la defensa de lo público en función de una política. O sea, uno no sólo debe quedarse en el plano conceptual defendiendo lo público –que está muy bien, por supuesto; que es fundamental hacerlo-, sino también es necesario dar otro paso, que es lo público articulado a un determinado proyecto, que ya uno piensa en sociedades utópicas o en sociedades post-capitalistas, o en el invento de un nuevo orden totalmente distinto, pero sí tiene que pensar cómo poner un freno de mano a esto que está sucediendo.

En ese sentido Argentina tiene grandes posibilidades por cómo se están conjugando actualmente las militancias sociales, la participación política de muchísimos sectores. La fuerza que está tomando la lucha docente, la fuerza que está tomando el feminismo o la participación de

los trabajadores son condiciones muy apropiadas para armar un bloque contra-hegemónico con respecto al neoliberalismo. El problema es cómo se articula todo eso, porque si se mantiene sólo en una dimensión sectorial, donde cada uno con muy buenas razones defiende lo público, tenemos el problema de que eso se puede, en un momento dado, dispersar. El problema es encontrar, como lo diría el maestro Ernesto Laclau, la forma de articular todas esas diferentes demandas en un proyecto de voluntad colectiva transformadora, porque no es solamente la defensa de lo público –que por supuesto es la condición necesaria-, sino también que esa defensa de lo público aparezca vinculada a un proyecto político.

Sueño con una escuela pública en donde el maestro tenga autoridad. La igualdad surge en la medida en que haya diferencias entre un maestro y un alumno. Y por supuesto que le tenemos que pedir al maestro que haga su trabajo. Todo aquél que quiera transmitir algo en esta vida no lo consigue transmitir si no logra mostrarle a los demás cómo lo afectó a él eso que está transmitiendo. La diferencia entre poder transmitir algo y no poder transmitirlo no es tanto que uno sea un gran orador, o que diga cosas donde cite a muchos autores o sea un erudito, sino que uno pueda hablar de algo que lo atravesó previamente; y eso sí me parece que es una condición.

Este nuevo orden mundial es un orden que se caracteriza también por instrumentar lo público. Las estructuras públicas también están contaminadas con formas de pensar al sujeto para tratar de llevarlo al terreno de la producción de subjetividad. Entonces no es sólo defender la estructura pública, sino ver en qué política se va a poder proteger lo público.

Nunca fui un buen alumno, no tuve esa suerte; pero traté de compensar eso el resto de mi vida estudiando. Como me dijo un día un señor en un tren, después de verme 20 años viajando en los trenes con libros, en España: “Usted sigue dando el examen, ¿no?”. Sí, interpretó bien, los malos alumnos a veces tenemos esta solución, que es eternamente pasarnos el resto de nuestras vidas tratando de ver si aprobamos... y hoy vine a dar el examen aquí... a la Escuela Pública Itinerante de CTERA. ■